

Domingo de la semana 5 de Cuaresma; ciclo C

La misericordia divina hace nuevas todas las cosas, nos hace comprender a los demás como Jesús a la pecadora: “vete en paz, y no peques más”.

«En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: -“Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?” Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: -“El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.” E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: -“Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?” Ella contestó: -“Ninguno, Señor.” Jesús dijo: -“Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más.”» (Juan 8,1-11).

1. El evangelio nos muestra a pecadores que, en presencia de Jesús, se permiten acusar a una mujer pecadora, y le dicen: “Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?” Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a

escribir con el dedo en la tierra. Como insistieron, Jesús contestó: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.» E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. «Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio».

Jesús, que aparece escribiendo en el suelo, está como ausente. Sólo dos veces rompe su silencio: la primera vez para reunir a acusadores y acusada en la comunidad de la culpa; y la segunda para pronunciar su perdón. Ante su mudo sufrimiento por todos, toda acusación deberá enmudecer también, pues «Dios nos encerró a todos en desobediencia», no para castigarnos, como querrían los acusadores, sino «para tener misericordia de todos» (Rm 11,32). Nadie se atreve a tirar la primera piedra; Jesús ha sufrido por todos para conseguir el perdón del cielo para todos nosotros, ya nadie puede condenar a otro ante Dios: «Incorporándose Jesús le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?»»

Y quedan solos, la mujer, que estaba en el centro y Jesús: "sólo dos han quedado -dice S. Agustín- la miseria y la misericordia". Ahora es cuando Jesús se encuentra realmente con la mujer, a la que mira cara a cara al templo que le pregunta "¿Nadie te ha condenado?" La mujer se encuentra frente a Jesús con su pobre humanidad, con su culpa y su vergüenza. "Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más". Significa que nosotros, a ejemplo de Jesús, no debemos condenar nunca a nadie, y hemos de ayudar a todos a combatir el pecado. Equilibrio de Cristo,

entre la comprensión para con el pecador y severidad para con el mal, difícil de imitar (Joan Llopis).

“Ella respondió: «Nadie, Señor.» Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más.»” Me gustaría ver la mirada de Jesús sobre la pecadora, sentir tu mirada, Señor... "Una de las verdades fundamentales del cristianismo, verdad con demasiada frecuencia desconocida, es ésta: lo que salva es la mirada" (Simone Weil). La adúltera, como también Zaqueo, debe la propia salvación a la mirada. La mirada de Cristo es, en cierto sentido, creadora. Llama a una persona a la existencia. Despierta su ser auténtico, real. Denuncia al hombre deshonesto, al canalla, y llama al santo. La mirada de Cristo no se resigna al "poco de bueno". Saca a la luz lo mucho bueno, lo mejor que hay en cada persona. Es, pues, una mirada reveladora. Porque muestra al hombre mismo sus posibilidades, su verdadera dimensión. Jesús, eres una persona junto a la que no sólo cada uno se sentía él mismo, sino lo más, lo mejor de sí mismo: te diriges a aquel que está ante ti como si no existiese en el mundo nada más que el bien de aquella persona. Ayúdame, Señor, a que mi mirada sea, ante todo, libre. Solamente una mirada libre representa una llamada a la libertad. Libre porque ha echado abajo la cárcel del propio egoísmo, de la propia comodidad, de la propia indiferencia, de los propios intereses, para abrirse al otro en actitud de acogida, de simpatía, de discreción, de cordialidad, de delicadeza y benevolencia. Libre de las lentes deformantes de los

prejuicios, de las prevenciones, de las sospechas, de la desconfianza.

Tus palabras, Maestro, nos infunden confianza, cuando creíamos estar en un callejón sin salida, cuando me imagino que mi caso no tiene solución, cuando he perdido toda esperanza: «Tampoco yo te condeno», y podría hacerlo porque es Dios, pero parece que le oímos añadir: porque te amo y quiero que vivas; por eso, «en adelante no peques más». "Te pido, Señor, que no me midas con la vara de tu justicia sino que sea medido con la de tu misericordia infinita" (Laureano López). ¡Qué distintos son los pensamientos de Dios y los de nosotros, los hombres!

El nuevo éxodo de la primera lectura nos lleva hacia la mirada de Cristo, que nos da vida: "Mírame... para que yo sepa que existo" (A. Baggio). La mirada es muy importante, y las personas rechazadas por nuestra mirada serán condenadas, quizás, a llevar durante toda su vida una marca de soledad, de rechazo, de insignificancia. También una mirada indiferente puede ser "homicida". Su mensaje, en efecto, se puede traducir así: "Para mí tú no existes. Negándote importancia, te niego el derecho a la existencia". Una mirada de indiferencia tiene la capacidad de borrar a una persona. Una mirada libre es una mirada que no se limita a tocar de soslayo a las personas que encuentra. No es una mirada rápida. No es huidiza. Sabe pararse y acoger. Acoger, pero no forzar. Es necesario que, cada mañana, purifiquemos nuestra mirada. Se trata, en efecto, de: -Desvincularla de todo instinto de posesión.

-Desarmarla de los varios elementos de hostilidad, agresividad, malignidad, dureza.

-Darle capacidad de sorpresa y de maravilla que hace nuevas las cosas y las devuelve el gusto del descubrimiento del otro.

-Hacerla atenta al otro. O sea capaz de ver al otro como yo quisiera ser visto. Así, la atención se hace expresión de respeto y vehículo de liberación. Solamente la atención que nace del amor declara al otro: "Te reconozco el derecho de ser lo que eres. Deseo que seas todo lo que puedes ser" (A. Baggio). Sí, solamente si conseguimos una mirada purificada, las piedras comenzarán a caer de nuestras manos (Alessandro Pronzato).

Jesús hace nuevas las cosas, y el orden nuevo está hecho de respeto, de delicadeza, de comprensión, de amor. Dirá: "Vuestros juicios siguen normas humanas; yo no llevo a nadie a juicio" (Jn 8,15). El Señor no nos juzga, es cada uno que tiene la triste posibilidad de autoexcluirse del amor de Dios... Curiosamente todos los textos de la misa de hoy remiten al futuro, a la salvación de Dios que crea algo nuevo y hacia la que nos dirigimos. Y esto precisamente como introducción a la semana de pasión, nuestra redención. El hijo pequeño del domingo anterior, ahora es sustituido por la mujer pecadora. El hermano mayor cascarrabias de la parábola, es reemplazado por los que quieren matarla a pedradas. Y en la escena Cristo se pone en el lugar del Corazón del Padre, que reanima, cura y celebra la fiesta del perdón:

Entre el corazón destrozado de la mujer avergonzada y Jesús, manso y humilde de corazón, hay estrecha unión. Esta mujer ha estrenado el brote nuevo de la misericordia, que anunció Isaías. "Su suerte ha cambiado, como los torrentes del Negeb". El no peques más la está introduciendo en el mundo de gracia, que Jesús ha venido a instaurar.

Señor, que yo aprenda a perdonar siempre, a no tirar piedras a nadie, a no juzgar. Un día, la Madre Teresa de Calcuta, encontró sobre un montón de basura una mujer moribunda que le dijo que su propio hijo la había dejado abandonada allí. La Madre la recogió y la llevó al hogar de Kalighat. Aquella mujer no se quejaba de su estado sino de que hubiera sido su propio hijo quien la dejó allí. No podía perdonarle... La Madre Teresa, que quería que aquella mujer muriese en gracia de Dios, trataba de convencerla:

-“¿Debe perdonar a su hijo? -le decía. Es carne de su carne y sangre de su sangre... Sin duda hizo lo que hizo en un momento de locura y ya estará arrepentido... Pórtese como una verdadera madre y perdónelo... Si ha pedido a Dios que le perdone sus pecados debe perdonar el que su hijo cometió con usted. Si lo hace, Dios recompensará su generosidad con un lugar en el Cielo”. La mujer se resistía, pero la gracia terminó venciendo.

-“Le perdono, le perdono... dijo por fin llorando”. Poco después moría.

2. "Dice Yahveh, que trazó camino en el mar, y vereda en aguas impetuosas". La lectura de Isaías nos recuerda el paso del mar Rojo y de cómo Dios protegió a su pueblo, y todo esto es figura de nuestro bautismo y nos anuncia "algo nuevo que ya está brotando": es un nuevo Éxodo, un retorno del exilio, que tendrá las maravillas del primero. Así como en el desierto surgió el agua para que beba el pueblo, ahora surgirán aguas vivas... "Mirad que realizo algo nuevo..." La Palabra de Dios lo proclamará definitivamente en la Pascua de Jesús: "Haré que todo sea nuevo" (Ap 21,5).

"Yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?" Ayúdame, Señor, a reconocerte en mi día, no caer en el desánimo, en pensar que la vida es penosa y tener ganas de morir. Dame ojos para ver la auténtica realidad: "Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo". "Mirad que realizo algo nuevo": «No recordéis lo viejo»... En Israel era una costumbre profundamente arraigada recordar el comienzo de la salvación, la salida de Egipto: ciertamente pensando que este hacer memoria era recordar las raíces, la identidad del pueblo, que fortalecía la fe en el Dios que camina actualmente con el pueblo. Re-cordar es re-vivir en el corazón, pero Dios no quiere que Israel permanezca cautivo de este recuerdo del pasado, sobre todo no ahora, pues eso significaría pensar en el tiempo del exilio: el Señor promete algo nuevo, y es ciertamente algo que «ya está brotando», cuya presencia se puede «notar», al igual que en la Nueva Alianza el Espíritu Santo que se otorga a los creyentes será una «prenda» de la vida eterna. De este

modo Dios traza un camino para Israel, a través del desierto, hacia la vida eterna; y para nosotros, que estamos redimidos, traza un camino que conduce a la bienaventuranza eterna (Hans Urs von Balthasar).

Contigo, Señor, todo queda renovado, transformado: “Las bestias del campo me darán gloria, los chacales y las avestruces, pues pondré agua en el desierto (y ríos en la soledad) para dar de beber a mi pueblo elegido”. Quiero rezarte, Señor, que me hace estar bien y dar cosas buenas a los demás: “El pueblo que yo me he formado contará mis alabanzas”.

"Los ojos de Dios están puestos en los justos", y el Señor ayuda a que todo lo malo sirva para un bien más grande, como dice este salmo, “canción de las subidas”. Así, “cuando Yahveh hizo volver a los cautivos de Sión, como soñando nos quedamos; entonces se llenó de risa nuestra boca y nuestros labios de gritos de alegría. Entonces se decía entre las naciones: ¡Grandes cosas ha hecho Yahveh con éstos! ¡Sí, grandes cosas hizo con nosotros Yahveh, el gozo nos colmaba!” Cuando uno clama a Dios, lo escucha y lo atiende, le libra de sus angustias, porque el Señor está cerca de los atribulados, de los abatidos y perseguidos, y él les devuelve la vida y la esperanza. El salmista insiste en la confianza, en la idea de la pronta intervención de Dios: “¡Haz volver, Yahveh, a nuestros cautivos como torrentes en el Négueb!”. El justo está bajo las alas protectoras del Señor y nada le puede afectar. Es una aclamación a esas grandes cosas que Dios ha hecho con nosotros, y así la esperanza se va alimentando: “Los que siembran con

lágrimas cosechan entre cánticos. Al ir, va llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando trayendo sus gavillas”.

3. Si Jesús nos perdona, dice S. Pablo, puedo estar «olvidándome de lo que queda atrás», nada tiene ya valor: todo es abandonado como «basura» para ganar lo que nos gana la pasión y resurrección de Cristo. Esto, lo que nos ha ganado, es nuestro verdadero futuro, hacia el que nos dirigimos directamente, sin mirar a derecha o izquierda, mirando siempre hacia delante, con los ojos puestos sólo en la «meta». Porque esta meta nos ha «alcanzado» por Cristo», y por eso sigue corriendo como si aún no la hubiera conseguido. Vuela más alto, “sobre las alas de la fe”, dice la canción: siempre hacia lo que está por delante. Si corremos al encuentro de Cristo, todo mirar atrás, hacia una falta del pasado, para afligirse por ella, sólo puede hacernos daño, pues la falta está ya perdonada. Pero no podemos pensar que estamos en un estado de perfección que ya todo lo hacemos bien... “No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús. Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús”.

Podemos pensar esto cuando veamos estos días cubrir retablos y cruces de color morado, en la semana de Pasión. Queremos "vivir siempre de aquel mismo amor que llevó a Cristo a entregarse a la muerte por la salvación del mundo" (oración colecta). Queremos sentirnos Iglesia, miembros de Cristo, como diremos en la oración después de la comunión en continuidad con lo que nos anima Pablo hoy: la "transubstanciación" en la misa del pan y el vino, quiere comprender también a los participantes, a los que comulgan. Si la primera invocación al Padre para que venga el Espíritu (epiclesis) se refiere a las ofrendas, la segunda pide la transformación de los fieles: "Fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu". Es la petición que repite, sustancialmente, la poscomunión de este domingo. En la Eucaristía sí realmente Cristo se apodera de nosotros, como decía san Pablo, para hacernos una sola cosa con él: miembros de su Cuerpo. Es la pregustación del término último iniciado en la Pascua.

Llucià Pou Sabaté